## CAPITULO XI

## EN LA EMBAJADA

Hoy es día de gran recepción: el embajador se ha mudado á otro hotel y da una flesta.

Patio amplio, enarenado, con puertas á dos calles, los carruajes entran por una y salen por otra, no hay, pues, barullo. Lo han adornado con grandes macetas de naranjos y laureles. A la entrada y en las esquinas, vistosos coraceros en grupos. La luz reverbera en el acero bruñido de las corazas y va á perderse entre las verdes hojas; arriba, el cielo sin luna extiende su negro manto bordado de estrellas.

A la izquierda, en la semiobscuridad, cruzada por vivos reflejos, la gran escalera con sus dos anchos ramales, sus barandillas de hierro labrado, sus bellas y grandiosas cinceladuras del gusto del siglo XVIII. Flores de invernadero, yaros satinados, cactus de púrpura con sus estambres temblorosos, suben á lo largo de los tramos, y las orquideas extranjeras, las plantas variadas entrelazan caprichosamente sus fibras y sus flores. Las arañas, multiplicadas, tienen luces en todos sus brazos; á la entrada, tres filas de lacayos, con lujosa librea galoneada, tienen antorchas de cera. Mujeres, lujosamente vestidas, suben y se las ve desplegar en los peldaños la cola magnifica de rica seda tornasolada, encajes que se agitan como alas de mariposa, diamantes que centellean, hombros blancos, redondos, en los que palpita la vida, cabezas delicadas que se vuelven bajo un profusión de cabellos rizados, entre los suaves relampagueos de las peinetas de oro.

Al salir de las calles frías y obscuras de los barrios viejos, parece que se entra en un horno de luz.

· El embajador ha tenido el talento de no permitir que las manos de un tapicero moderno estropee el hotel. Nada de arrumacos en esta galería que sirve de entrada, en estos elevados salones que se prolongan en hilera: las paredes, tapizadas de tela roja ó amarilla, tienen toda su amplitud, y su hermosa traza no está afeada por los cuadros modernos, tan castigados, tan minuciosos, de un sentimentalismo ó de una perspectiva tan rebuscados y con tanto trabajo obtenidos. Hasta ha desterrado de su casa las preciosas pinturas amaneradas del siglo xvIII. Él formó una galería en Italia, en Florencia, y toda su galería está aqui, no amontonada, como en un museo, sino dispuesta en relación con las habitaciones, y no éstas preparadas para las pinturas. Hermosos desnudos; un dorso atrevidamente encorvado, una rodilla, un hombro opulento salen de tintas desvanecidas ú obscuridades profundas: á derecha é izquierda se ve un pueblo de personajes viriles que viven silenciosamente, prolongados más allá de la tumba por el soplo del gran siglo. Una Erigone de Carrache avanza en un carro tirado por tigres; la morbidez de su cuello y de su cuerpo inclinado, nada en una sombra transparente; su mejilla purpúrea, su hermosa sonrisa brillan entre el rojo obscuro de los ropajes, bajo los brazos desnudos y los cuerpecillos vivarachos de los Amores que vuelan llevando coronas de oro. Amplias chimeneas de mármol despiden llamas de trecho en trecho, entre filas de lacayos, de suizos vestidos de encarnado, de cazadores

de verde, de ujieres graves que lucen su cadena de plata en su frac negro. Los grupos desfilan por la galería: generales, trajes de corte, oficiales húngaros, diplomáticos recargados de bordados, marinos con galones de oro, uniformes de todas las naciones cuajados de cruces y placas; los vestidos arrastran y crujen sobre las alfombras; la galería es tan grande, que ellas andan alli sin rozarse; pueden manifestarse sus redondeces y extender las colas; su frescura está aún intacta; todos los semblantes están sonrientes; se puede seguir la ondulación de un talle que se inclina, la forma esbelta de un busto y de un brazo delineado á lo lejos en las colgaduras, el movimiento elegante de un grupo que se forma ó se disuelve. ¡Felices los lacayos que no ven más allá! Desdichado de mí, que he de penetrar en el fondo.

Una estufa, un enjambre de cabezas unidas, mezcladas, que tratan de moverse y gesticulan pacientemente la misma sonrisa. ¿Dónde están los cuerpos? Y, sobre todo, ¡Díos mío!, ¿qué va á ser de la parte posterior cargada de ropa? Esta es ya demasiada zozobra; nadie se cuida más que de la cabeza; cuando ésta pasa, lo demás la sigue; primero un brazo, luego otro, el busto después; el resto no corre peligro al ser oprimido.

¿Habéis visto alguna vez la habitación de un hortelano? Las cebollas, las zanahorias, los nabos están colocados en tablas llenas de agujeros; por ellos pasan las colas vegetales, que forman, debajo de la tabla, una madeja enmarañada y grotesca; lo importante es que las cabezas no se junten encima de la tabla. Esta es la imagen fiel de una gran recepción en una embajada.

Estufa y papilla. Esta se espera cada cuarto de

hora; la doble puerta abierta derrama en la sala un nuevo líquido humano, que se mezcla al otro, dando rodeos y remolineando. Se le ve avanzar con lentitud, como el aceite, y cada ola adelanta más lentamente que la anterior.

Las once. Ya está hecho el engrudo, nada corre ya; los dos primeros salones se encuentran en el estado de esas pastas glutinosas en las que la cuchara, al meterla, queda derecha; imposible avanzar ni retroceder. Con mucha finura, muy discretamente, como una cuña que se introduce entre dos trozos de madera, tratamos de mover los codos. Los semblantes naturales se alteran, los pintados se destiñen.

¡Señor, Dios mío! Vos que sacasteis á los jóvenes hebreos del horno ardiente; vos que libráis á vuestros elegidos del áspid y del basilisco, ¡gracias, Señor! Vos no me habéis hecho mujer y yo no tengo cola alguna que defender, sino la de mi frac, que es corta. Por una gracia especial de vuestra misericordia, soy delgado, y ningún codo puede entrar cómodamente en mi cuerpo como en su cojín. Vos me llevasteis á América, donde he criado cerdos, lo que ha fortalecido mis músculos, y mis hombros pueden soportar, sin sufrir demasiado, la presión de mis vecinos. Por una disposición especial de vuestra providencia, yo no tengo juanetes ni callos, aún no me han pisado más que tres veces, y gracias á vos, no ha sido en el dedo meñique, sino en el pulgar, que es muy resistente. No he comido demasiado y no temo una apoplejía. ¡Gracias os sean dadas, Señor, por tantos favores gratuitos! Yo tendré un borborigmo, pero no la suerte lamentable de ese general grueso que se pone rojo y está á punto de estallar.

¿En qué podría yo ocuparme mientras se derrite

esta masa? Aún puedo sacar el reloj y ver la hora: contemos los saludos del embajador. Uno por segundo, es decir, sesenta por minuto, tres mil seiscientos por hora, catorce mil cuatrocientos en una soirée de cuatro horas. Tiene doscientos cincuenta mil francos de sueldo, yo creo que los gana bien.

Ahora mismo he podido llegar hasta él y le he dicho al estrecharle la mano: «Señor embajador, os ofrezco mis respetos.» —«Ofrecedme cuánto queráis, mi querido amigo, pero yo agradecería más una silla.» Me puse la mano sobre el corazón, dirigiéndole una mirada de compasión respetuosa; luego me fijé en sus pies: ha estrenado botas. ¡Dios mío, inspegal á su zapatero la idea de hacerle las botas anche ces i

Inclinación á la derecha, reve<sup>mi</sup>, qua á la izquierda; la embajadora y su hija hacían lo mismo á la entrada del segundo salón. Si alguna vez llegara yo á ser embajador, mi secretario general y algunos de mis agregados habrán de tener una estatura de cinco pies y seis pulgadas, serán muy robustos y han de casarse con mujeres vigorosas, á las que tendrán bien alimentadas y yestidas con faldas sumamente huecas. Tres de ellos estarán siempre á mi lado en las recepciones, y sus mujeres rodeando á la mia; esto equivaldría á una muralla. Por la mañana tomaré un baño frío y me haré frotar bien; luego no comeré más que chuletas y tendré preparado, para la salida de los salones, un lecho caliente, una botella de vino de Burdeos y algunos beefsteaks muy tiernos.

El vaso, demasiado lleno, se derrama insensiblemente hacia el tercer salón y andamos palpándonos los miembros; á mí no me falta ninguno, ¡loado sea Dios! He hecho todos mis saludos, veo la puerta; una antesala interior; una salida á la vuelta, que da á la

galería de entrada, con una ventana y un buen sillón oculto detrás de las cortinas. Toda la procesión pasará por allí; conozco bien este excelente sillón, y por milagro del cielo, está libre.

El inventor de los sillones merece altares, yo no tengo otra idea durante un cuarto de hora; mi segunda idea es que, en este momento, yo soy, indudablemente, el hombre más dichoso de los cinco salones; principes, mariscales, mujeres hermosas, no me llegan al tobillo. Mi tercera idea es que he salvado mis lentes: veamos, pues, esos pobres diablos.

Tres jóvenes oficiales ingleses, con pantalón blanco y casaca encarnada. Dos tienen el aspecto más solemne y son muy dignos y graves. El tercero, un bobalicón, es un autómata de yeso barnizado, con zancas articuladas.

Lady Bracebridge (cambio los nombres), cuarenta y cinco años, ancha y escotada de un modo que hace temblar, vestido de seda de color de fuego, la cara del color de su vestido, majestuosa, es un monumento, se prohibe, etc. Su hija, mal perjeñada, flaca, hueca como un globo, parece en cinta por delante y por detrás.

Un general prusiano, plagado de cruces, pequeño, grueso, encarnado; sus ojos, blancos, de cangrejo cocido, forman contraste con el rojo universal de su faz apoplética; tira de su mujer, y hasta en el segundo salón hablan tan alto como en la posada.

El marqués Ricciardi, avaro muy conocido, con un millón de renta, da dinero sobre prendas, por sema-

nas; alto, amarillento, los labios comidos por dentro como si padeciera un cólico permanente.

Mr. Harris Braggs, ciudadano de los Estados Unidos: «Ah, ¡ha vivido usted en los Estados Unidos! Pues bien; podrá usted entonces atestiguar que somos la única nación del mundo joven y de porvenir: en tres años, nos hemos matado nosotros mismos quinientos mil hombres.

El conde Borodunoff, hombre tosco, cuadrado, barbudo, acostumbrado al frío, que ha comido cordero cocido con su lana, y dormido en su capa bajo los hielos de las montañas de Persia; hay algo del oso en esos temperamentos rusos; en la conversación, malicias del siglo XVIII y casi desabrimientos con las señoras. Su hija, blanca, fría, inmóvil, una solida estatua de nieve, no tiene en la cabeza más que trivialidades; raro contraste; en ese salvajismo primitivo no prevalece ningún cultivo excepto la frivolidad parisiense.

B..., académico muy exacto á las comidas; el estómago es el camino del corazón. Piernas de ciervo, ojos y cráneo de buitre calvo; nadie sube más asiduamente las escaleras ni adivina más pronto, en la fisonomía de los criados, si hay que insistir, si el amo está verdaderamente visible. En fin, lleva su casaca verde, está contento, puede predicar á otros oficialmente la moral. Ahora, no tiene más que una espina, su mujer, un buho desplumado, que va junto á él, con la nariz en alto, escotada enseñando su clavícula.

La señora de Arbés. He hablado con ella cinco ó seis veces, siempre la veo con gusto; es el tipo más acabado de mujer, de francesa y de señora de sociedad. Ningún galanteo; le falta tiempo para tener vicios, el ardor de su cerebro consume toda la savia.

¿Os habéis detenido alguna vez en el campo delante

de una pajarera á observar las ideas de un jilguero que salta, que gorjea, que come, que nunca está cansado, que vive en el aire, que tiene ciento veinte deseos y hace sesenta cosas por minuto? «¡Oh! ¡qué bien se estaria en el hierro de allá arriba! No, se estaria mejor en el de abajo. Las plumas de mi vientre no están bien alisadas. Tengo hambre, comamos un grano de alpiste. No, una miguita de pan es mejor. No, una buchadita de agua me refrescaria. Un aleteo para desentumecer mis músculos. Pí! pí! pí! un canto para dejar expedita la garganta. Cuic, cuic, cuic. Alli vuela una mosca, ¡si la atrapara! Un rayo de sol que pasa, isi corriera detrás de él! Piot! piot! piot! ¡Ah! qué piececitos tan lindos tengo! Traderiderá! estoy muy contento de vivir. ¿Qué hace el sol allá tan alto? Debe aburrirse de no andar más deprisa. Verdaderamente, no hay en el mundo un jilguero más bonito que yo.» Cambiad las palabras, poned toilette, comidas, conciertos en los lugares convenientes, y tendréis la confusión de ideas que reina en esa preciosa cabeza. El cerebro dirige incesantemente deseos á todos los nervios, deseos breves, que desaparecen en el momento mismo de la ejecución, y son al instante empujados ó reemplazados por otros. Sus ojos brillan, las flores de su tocado bailan, su escote palpita, sus manos ejecutan cien pequeños movimientos, su voz vibra; jamás descansa. Va á cuatro soirées en una misma noche, y cuando regresa, zumban ya en su cabeza, como un enjambre suelto, los bailes del día siguiente. Siempre sonrisas y no fingidas; es feliz, lo será siempre á condición de que revoloteen ante ella quinientas fruslerías cada hora, salones lujosos, arañas, vestidos de seda, hombres condecorados, cantantes, trenes de caza, todo lo que queráis, si todo es nuevo y brillante. Ha nacido en

un estado de excitación, y moriría si estuviera tranquila.

¿Debemos enfadarnos por esto? La máquina, construida y equilibrada de cierta manera, obra conforme á su construcción y á su equilibrio; algunas veces es una preciosa filigrana, en que agujas eléctricas colocadas sobre un eje muy fino, oscilan á la más leve variación del calor ó del aire; ¿qué puede salir de ella sino una lluvia de chispas? Al contrario, una máquina de huesos duros y de carnes biliosas, labrada á golpes, obra sólo por presiones fuertes y constantes.

El obispo de Cartago. Ha pasado por hombre demasiado inteligente y ha sido demasiado tiempo gran vicario. Sus menores palabras eran anotadas: nosotros no tenemos idea de las quisquillas y de las miserias eclesiásticas. Resignado, encogido, tranquilo, obscurecido, triste, postrado, y, no obstante, contento, pasa con una sonrisa prudente y melancólica.

Algunos artistas y literatos. Mucho trabajo y muchos placeres: Paris es un invernadero excesivamente caldeado, aromático y pestilente, con abono acre y concentrado, que quema ó endurece al hombre. ¡Cuántos compañeros suyos han muerto en el camino! La mayoria de los que existen se hallan enfermos ó alterados, fronterizos á la impotencia ó reducidos, para conservar la fuerza de producir, à secuestrarse, à prescindir de los efectos y de las preocupaciones naturales. Algunos han recurrido á los excitantes, otros volvieron à la exageración mecánica; ellos se copian, se forman una manera, exageran más cada año el rasgo de su talento, hacen de él una especie de gesto. El público está estragado, hay que gritar con fuerza para que escuche. Cada artista se convierte en un charlatán á quien la concurrencia, demasiado ruda, obliga á forzar la voz. Añadid á esto la necesidad de presentarse en sociedad, de procurarse amigos y protectores, de lanzar reclamos, de vender y de propagar su obra, de ganar más cada día para atender á las exigencias de los hijos, de las mujeres y de las queridas, de las necesidades crecientes. Un vestido cuesta setecientos francos, y sólo se lleva cuatro veces. Mi hija cumple los veinte años, ¿cómo constituirle una dote y encontrar un yerno? Dos ó tres temperamentos se han endurecido, y hay cabezas claramente delineadas, de color permanente, que podrían estar en medallas.

En cambio, en esta enorme confusión, cada ingenio puede encontrar el alimento que le conviene. Balzac tenía razón al preferir este gran muladar, donde, al lado de todas las excrecencias, crecen todos los tipos. Un místico halla en él una docena de místicos y va hasta el fin de su misticismo.

Un escritor colorista vive con escritores coloristas y lleva la frase descriptiva tan lejos como puede ir. Un aficionado á arquitectura puede oir siete veces por semana conversaciones de su agrado. Un especulativo, un pagano práctico no se ve contenido, como en Ginebra, en Oxford, en Florencia, por la obligación de llevar un traje religioso ó político. Cada cual elige los libros, las amistades, las opiniones, la conducta más conformes con su instinto, y el instinto, sostenido asi, toma todo su desarrollo. Aqui es únicamente donde se encuentran cortesanos, intrigantes, maniacos, políticos, héroes, trabajadores, cada uno completo y acabado en su género. En una capa de tierra crasa y podrida, infinitamente compleja, renovada y removida sin cesar, donde cien mil laboratorios y veinte albañales vertieran sus detritus y sus residuos,

se podría recoger igualmente coles monstruosas, setas cinceladas, arbustos gigantescos, ananás divinos, rosas embriagadoras, espárragos en el mes de Enero, dalias azules, ¿qué sé yo? No habría jardín más curioso para un botánico.

Pero las presunciones son tan grandes como las energías. Adquieren el exterior de cortesta y de modestia que corresponde; pero, en suma, en el fondo del corazón y por efecto de las emulaciones, todo amor propio se hace colosal. El hombre vive fuertemente encerrado en la ilusión que se construye y no saldrá de ella jamás, porque emplea todos sus esfuerzos en solidificarla. Siempre, después de una discusión sobre lo bello, sobre las artes, un artista deja entrever más ó menos á su amigo que es de su misma opinión: «Mira: en materia de arte, no hay más que tú y yo; y mucho más tú.»

La duquesa de Krasnoe, rusa, la Diana de Tauro, hermosa y alta como una hija de Júpiter, pálida y blanca, de una blancura de nieve, los ojos azul pálido, bajo unos cabellos claros de seda; un vestido azul con adornos de cisne, deja adivinar el seno más admirable, y sus brazos de mármol caen por ambos lados de un talle que es tan esbelto como fuertes sen ellos. Anda, y parece que no ve, con seriedad de reina, los ojos abiertos y serenos como los de una estatua. Casi entran ganas de arrodillarse.

Un oleaje de personas graves, consejeros de Estado, directores generales, prefectos, académicos, importantes funcionarios con veinte ó veinticinco mil francos. Han necesitado treinta años de trabajo y de visitas para llegar á eso. Ultimamente, he visto una media docena de ellos en su casa; en todas partes el mismo interior; un tercer piso calle de Mathurins ó

Montaigne, dos criadas, un lacayito, el mismo salón con las mismas fundas bordadas, la misma mesita dorada entre los balcones, la misma exhibición de un semi-lujo frío, vulgar, decente, la misma vida estrecha y presuntuosa. El sueldo es muy pequeño, se lo comen totalmente, y se ven obligados, para llegar à la jubilación, á consumirse por completo. Ningún descanso, excepto la gente que molesta, y de vez en cuando un viaje á un balneario, que cuesta muy caro. Constantemente en lucha entre la representación y la economía necesarias, ¿á cuál preferir? Los presupuestos tan grandes son demasiado pequeños; se los divide y desmenuza por causa de la multitud de empleados; todos están á ración; cada uno ha de vivir mezquinamente para que todos vivan. Los semblantes se resienten de esto, amarillos, chupados, consumidos ó abotagados; el aire de las oficinas es malsano; el de los salones más aún. Aquí rien, saludan. tratan de tener un aspecto brillante ó amable; mas el efecto general es el de una batahola de monos viejos, vestidos, cansados, marchitos, que han padecido con exceso. La usura contribuye también á esto. En cuanto son algo conocidos y no temen ya comprometerse, vuelven sin dificultad á ser bromistas, oven y cuentan historietas de joven; se ve que también ellos han echado alguna cana al aire; el estudiante reverdece bajo el burgués. «¡Entonces eran buenos tiempos!»—«Pues qué, ¿han pasado ya del todo?»—Ellos contestan con una sonrisa truhanesca. La moral francesa es clara: «Yo guardo las conveniencias, sigo siendo hombre de honor con los que me rodean, v trabajo: es bastante. París es discreto, cómodo, v vo no quiero servir de burla. - Uno de ellos iba más lejos aún: «Yo estoy enamorado cinco minutos.»—«¡Oh!

replica el vecino, es muy poco, hay que tener un plato de repuesto, comparar, volver: un hombre de mundo come en su casa y en la ciudad.»

¿Qué vienen à buscar aquí? Pues casi no se habla, hace mucho calor, se asfixia uno entre el gentío, la toilette de la mujer se estropea. Yo hallo para estas exhibiciones los motivos siguientes:

- -Hay hijas casaderas en las nuestras.
- —Algunos jóvenes sueñan también con un buen casamiento.
- —Hay mujeres à quienes no se puede cortejar sino aqui.
- —Vienen á marcar su puesto y á demostrar á los demás que son hombres de buena clase.
- —En realidad es un club; junto á una puerta se habla de negocios.

—Las jóvenes, aun las viejas, se aburren horriblemente de noche, á solas con sus maridos. La muchedumbre es pueblo, aun entre los grandes y los ricos. Necesitan variar, distracción, movimiento, como los peluqueros y las modistas que van por la noche á los bailes del barrio Latino.

Yo mismo, que los critico, ¿por qué estoy aquí con ellos? He obrado mecánicamente, he seguido á la muchedumbre, no he tenido el talento de quedarme esta noche solo en mi habitación. ¿Me he divertido? ¿Después de un deslumbramiento de cinco minutos, qué he visto sino una procesión de codos puntiagudos y de gestos estudiados? En verdad, yo gozaba de un espectáculo más hermoso, cuando por la noche, en América, al sonido de la trompa, veía bullir, entre los árboles, los lomos redondos de mis cerdos; cuando los rayos oblícuos, iluminando las profundidades de verdura, mostraban, sobre el musgo y entre las be-

llotas, los juegos de los alegres truhanes, bien nutridos todo el día; cuando sus gritos, como quinientas gaitas, subían en medio de los chillidos de los papagayos, y mi vieja selva se agitaba toda, y brillaba con miradas de relámpagos y las ondulaciones de su eterno murmullo.

No es conveniente comprobar nuestros placeres. Aquí presento el balance de mi última noche en la Opera; he puesto en una columna mis sensaciones agradables y en otra las desagradables:

Bonito rondó pastoral.  Bonito rondó pastoral.  Dúo de amor del segundo acto.  Barullo del final.  Armonia sabia del sexteto.  Vista de Mesina en el tercer acto.  Tenor gordo, pavo enfático.  La prima donna es demasiado alta, subida en zancos y grita.  Incomparable tontería de los figurantes vestidos de señores.  Las figurantas son peores.  Las figurantas son peores.  Buena orquesta, pero demasiado ruidosa.  Las bailarinas tienen las piernas muy delgadas.  Brazos descarnados; entran deseos de ofrecerles beefsteak.  Sonrisas de muñecas mecánicas y tristes.  Primer motivo, las piernas y las cabezas vistas de frente.  El mismo primer motivo, de perfil.  El mismo primer motivo, de perfil.  El mismo primer motivo, de perfil.  El primer bailarín, gato de Angora, soso com on es posible más.  Vecinos gruñones.  Jóvenes bonitas y frescas en la platea de la derecha.  1,00  3,00  1,775  16.75	The state of the s	THE RESERVED TO SERVED TO	
Bonito rondó pastoral	Control bright to the second	DEBE	HABER
Bonito rondó pastoral.		Fr Cte	Er Cto
Duo de amor del segundo acto.   3   1,50		11. 013.	FI. Cts.
Duo de amor del segundo acto.   3   1,50	Ponito sendi sestand		
Barullo del final.	Dáo do como del como de la como d	ASSISTANCE OF THE PARTY OF THE	
Armonia sabia del sexteto.  Vista de Mesina en el tercer acto.  Tenor gordo, pavo enfático.  La prima donna es demasiado alta, subida en zancos y grita.  Incomparable tontería de los figurantes vestidos de señores.  Las figurantas son peores.  Buena orquesta, pero demasiado ruidosa.  Las bailarinas tienen las piernas muy delgadas.  Brazos descarnados; entran deseos de ofrecerles beefsteak.  Sonrisas de muñecas mecánicas y tristes. Primer motivo, las piernas y las cabezas vistas de frente.  El mismo primer motivo, de perfil.  El primer bailarín, gato de Angora, soso como no es posible más.  Entreactos.  Vecinos gruñones.  Jóvenes bonitas y frescas en la platea de la derecha.  0,50  3,00  2,25  3,00  3,00  3,00  3,00  3,00  3,00  3,00  3,00  3,00  5,00	Parulle del feet	The second second second	1,50
Vista de Mesina en el tercer acto	Darullo del nnal		The second secon
Tenor gordo, pavo enfático		0,25	
La prima donna es demasiado alta, subida en zancos y grita.  Incomparable tontería de los figurantes vestidos de señores	Vista de Mesina en el tercer acto	CONTROL OF THE PARTY OF THE PAR	3,00
da en zancos y grita	Tenor gordo, pavo entatico	1,25	*
Incomparable tontería de los figurantes vestidos de señores. 1,00	La prima donna es demasiado alta, subi-		
Vestidos de señores	da en zancos y grita	0,50	
Las figurantas son peores	Incomparable tonteria de los figurantes		CVS STORES
Buena orquesta, pero demasiado ruidosa Las bailarinas tienen las piernas muy delgadas	vestidos de señores		>
Las bailarinas tienen las piernas muy delgadas.  Brazos descarnados; entran deseos de ofrecerles beefsteak	Las figurantas son peores	1,50	>
Brazos descarnados; entran deseos de ofrecerles beefsteak	Buena orquesta, pero demasiado ruidosa.	>	2,25
Brazos descarnados; entran deseos de ofrecerles beefsteak	Las bailarinas tienen las piernas muy del-		
Brazos descarnados; entran deseos de ofrecerles beefsteak	gadas	1,50	>
ofrecerles beefsteak.	Brazos descarnados; entran deseos de		
Primer motivo, las piernas y las cabezas vistas de frente. 3,00 El mismo primer motivo, de perfil. 2,00 Serimer bailarín, gato de Angora, soso como no es posible más. 2,00 Sentreactos. 3,00 Sentreactos. 1,00 Serimer bonitas y frescas en la platea de la derecha. 5,00	ofrecerles beefsteak	1,00	
Primer motivo, las piernas y las cabezas vistas de frente. 3,00 El mismo primer motivo, de perfil. 2,00 Serimer bailarín, gato de Angora, soso como no es posible más. 2,00 Sentreactos. 3,00 Sentreactos. 1,00 Serimer bonitas y frescas en la platea de la derecha. 5,00	Sonrisas de muñecas mecánicas y tristes.	2,00	> 1
vistas de frente	Primer motivo, las piernas y las cabezas		
El mismo primer motivo, de perfil	vistas de frente	>	3,00
El primer bailarín, gato de Ángora, soso como no es posible más		2,00	*
como no es posible más	El primer bailarin, gato de Angora, soso		
Vecinos gruñones	como no es posible más	2,00	>
Vecinos gruñones	Entreactos		>
Jóvenes bonitas y frescas en la platea de la derecha	Vecinos grunones	1,00	>
la derecha	Jóvenes bonitas v frescas en la platea de	05 05 350	7
	la derecha	>	5.00
17.75   16.75			
		17,75	15,75
			1965

A mi cargo: 2 francos, más 10 por mi butaca de orquesta: Total, 12 francos de pérdida.